

EL PASTELITO DEL NOVÍSIMO RÉGIMEN

Hace ya tiempo que se anunció el «pastelito» — y con este nombre — que han confeccionado entre Dato y Cierva, entre Cierva y Dato, esos... ¿Entre ellos dos solos? Dícese que el pasteleo de verdad es otro. Una especie de pastelero de Madrid, como aquel que le sirvió a Zorrilla para hacer su drama «Traidor, infanoso y mártir». Sólo que todo menos mártir, esto es, testigo.

¿Se acuerdan ustedes de aquella guerra a muerte que el cacique máximo mauriciano declaró a la «idoneidad» conservadora? Pareció una cruzada ardorosa, y no faltaron incautos que llegaran a creer que se trataba en ella de protestar contra lo vergonzoso, contra lo anticonstitucional, contra lo antidemocrático de las últimas elecciones. Que fué que se le obligó al Dato ése a aceptar, a buenas o a malas, el decreto de disolución y a lanzarse a unas elecciones de que saliera una mayoría, no del gobierno — ya que éste no se compone más que de meros secretarios de despacho, — sino del régimen. O mejor, del novísimo régimen, del despotismo mediatizado por la Empresa de Maese Pedro y Compañía, bajo que hoy agoniza la civilidad española. Pero Cierva no protestaba contra esto, sino contra que no se le dejase meter cuevo en ese novísimo régimen y en sus enredos. La cosa era personal.

Las elecciones no dieron todo el resultado que se proponía hubieran dado el que las provocó, y ni aun con los tacones y medias suelas que trataron de cocharles los remendones del Sanedrín. La mayoría que buscaba la Empresa no se veía bien definida y clara. Iban a continuar las dificultades. La caricatura de Parlamento — como la ha llamado su propio presidente — no ofrecía bastantes garantías para el más desembarazado juego del novísimo régimen. Porque el novísimo régimen busca libre juego. Y en más de un respecto.

Empezó a hablarse de concentraciones. ¿Concentración? En torno a qué centro? ¿Cuál sería el foco? ¿Y cuál el punto de mira? ¿Qué nudo ataría el haz de intereses, de codicias, de negocios, de egoísmos, de malas pasiones y hasta de chanchullós que están representados en esa caricatura de Parlamento? Una concentración parlamentaria apenas si tiene sentido. Y aun no ha sonado la hora de hacer sonar la trampa de la patriotaría solemne y proclamar la tregua patriótica. No se ha concluido de armar el fantasmático fantoche del enemigo. Ni a pesar de las inyecciones que se le da al terrorismo sindicalista.

Y ahora se pide la concentración conservadora. Conservadora... ¿de qué? ¿Qué es lo que va a conservar esa concentración? Claro está que el novísimo régimen, el despotismo del retablo de Maese Pedro,

el libre juego de la Empresa. Y que manejado por mano ajena queda seguir Carlomagno dando cetrazos a don Gaiferos y demás cotiteres.

Ante esto vuelve a «sacrificarse» el fiero e implacable don Juan de la Cierva. Como se ha sacrificado otras veces, ya que su vida política ha sido un continuado... sacrificio. Sacando siempre, por supuesto, raja. Y se ha podido ver cómo el untuoso don Eduardo es más recio, más duro, más inflexible que él.

Don Juan ha invocado, para explicar su rendimiento, razones de patriotismo. ¿Patriotismo? ¿Y qué tiene que ver la patria, la verdadera patria con esto? Porque el régimen, el novísimo régimen no es la patria. Más bien la des-patria, porque la está deshaciendo. El novísimo régimen está deshaciendo la libertad, la dignidad, la civilidad de la patria; está deshaciendo la patria. La política de camarilla que se sigue en las más altas esferas es una política antipatriota. No son los intereses de la patria los que se trata de salvar. No ha sido para salvaguardar intereses de la patria para lo que se ha convocado a la actual caricatura de Parlamento. Y el don Juan del Parlamento, de la caricatura de Parlamento, no tiene por qué invocar a la patria. Como no sea al modo que el otro don Juan, el Tenorio, invocaba el amor, acaso el hogar y la familia, para rendir a sus víctimas.

Don Juan Tenorio decía cuando le mentaban la muerte: «¡Si tan largo me loáis!...» Y don Juan de La Cierva dijo en cierta ocasión que le aquí a cien años todos calvos. ¡Maravillosa fórmula del realismo político que se atiene a lo que está al alcance de la mano, a lo que se puede coger! Que es el poder.

¿Y qué peligro correría la patria con que no se hiciera esa concentración... conservadora? Acaso el de que el novísimo régimen, el despotismo de la ruindad hoy reinante en España, se jugase su última carta, y jugada ésta tuviese que declararse en quiebra. Pero con ello la patria nada perdería.

Ahora se llegará acaso a hacer la mayoría del novísimo régimen en la caricatura esa de Parlamento. Pero cuidarán de que queda, por si acaso, una oposición de S. M., como se la suele llamar. Sólo que si los que la forman han de tener verdadero patriotismo, sentido y sentimiento de la libertad, la dignidad y la civilidad españolas, tendrá que acabar esa oposición de S. M. convirtiéndose en oposición a S. M. ¡Y entonces sí que tendrá que heñir el pastelero!

Y el horno no está para bollos.

Miguel de UNAMUNO.

